

El hombre sin atributos

PEDRO G. CUARTANGO

21/03/2016 02:07

No tengo ni idea de quién es ni cómo se llama. Lleva barba, pelo largo y aparenta tener unos 40 años. Le veo enfrente de mi ventana. Son las ocho y media de la mañana. Está fumando y otea el asfalto, como si esperara una respuesta. Es domingo. La ciudad todavía no se ha despertado.

Viste unos vaqueros desgastados, un anorak azul oscuro y una bufanda rojiblanca. Tiene a su lado una mochila y tres bolsas de plástico. Acaba de enrollar la esterilla en la que ha dormido para evitar el frío suelo. Ahora se agacha y coge todas sus pertenencias. Cruza la calle, como todos los días, y se dirige a paso rápido, como si tuviera prisa, al parque próximo.

Ha dormido bajo la marquesina que cubre la entrada del colegio que hay junto a mi casa, resguardado en un rincón con varias mantas y separado de la acera por unos escalones de granito. Mi mujer a veces le baja un café cuando va a trabajar. Me pregunto cuánto tiempo lleva durmiendo en ese lugar. No lo puedo precisar. Yo diría que tres, tal vez cuatro años. Mi hija me dice que tiene un acento extranjero, pero yo nunca le he escuchado hablar.

Le he visto muchas veces sentado en un banco del parque, **donde permanece desde que se levanta hasta que cae la noche**. Entonces vuelve a desplegar la esterilla y se acuesta hasta que el colegio abre sus puertas. Limpia cuidadosamente el suelo, empaqueta sus cosas y se marcha. Eso sucede todos los días con la regularidad de las manecillas de un reloj.

Algunos vecinos le bajan comida, otros le dan tabaco y calderilla. Pero **siempre está solo**, ensimismado en sus pensamientos. En ocasiones, se pone a hablar en voz alta consigo mismo. Lo hace no porque esté trastornado, sino porque un hombre necesita de vez en cuando escuchar su voz.

El filósofo **Blaise Pascal** escribía que el ser humano estaría aterradoramente solo en lo infinito del Universo si no fuera por la fe en Dios. Pero el Supremo Hacedor se ha desentendido de este Cristo silente, que no predica nada ni aspira a ninguna meta. No forma ya parte de la comunidad de los hombres, se ha tornado invisible.

Tal vez la vida de este desconocido sea un poco la metáfora de la nuestra, con la diferencia de que este habitante de la calle sabe, tras abandonar toda esperanza, que no va a ninguna parte. Tiene por delante todas las horas del día, las semanas, las estaciones del año. Pero el perpetuo movimiento de las cosas es para él pura inmovilidad.

Lo curioso de este indigente es que no suscita lástima. Vive su desamparo con la naturalidad de un gorrión que canta en el parque donde pasa la jornada. Algún día, **desaparecerá de nuestras vidas de la misma forma que entró** y nadie podrá decir que sabía quién era ni de dónde venía.

La vida está hecha de encuentros casuales, de personas que pasan a nuestro lado y que jamás volveremos a ver, de caminos que se cruzan y de pasos que se alejan. Pero este hombre sin atributos dejará la huella imborrable de su propio anonimato, grabada en ese gesto de mirar hacia la calle y no encontrar nada.

3 Comentarios



Luis González Hernández

21/03/2016 12:50 horas

#3

Desde hoy, aunque no lo sepa, forma parte de nuestras vidas. Gracias, Don Pedro, por este regalo.



Lorenzo De Ara

21/03/2016 12:30 horas

#2

Así es hoy Europa. Deshumanizada. Le pon
política del miedo. La UE, con los países de
ingenuamente creen que aquí está la tierra
Pero no.



os los pantalones ante Erdogan y su
e tritura a sus hijos y a los que
enemos alma y todos somos hombres.

Ver 3 comentarios



OTRAS WEBS DE UNIDAD EDITORIAL

Clasificados

Marcamotor

Su Vivienda

Salud

Correo Farmacéutico

Dmedicina

Diario Médico

Moda y Ocio

Tiramillas

Telva

El Búho

Empleo

Escuela Unidad Editorial

Unidad Editorial

Expansión y Empleo